

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8279

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 11 de Junio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente a media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas puminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Establecida en Madrid, calle de Olózaga 1 (Paseo Recoletos.)

Garantías

Capital social 12.000.000 de ptas efectivas. Primas y reservas 41.075.898 pesetas.

25 AÑOS DE EXISTENCIA

Esta gran Compañía Nacional, cuyo capital de Rvn. 48 millones, no nominales sino efectivos es superior a todas las demás compañías que operan en España.

Asegura contra el incendio y sobre la vida. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que ha sabido inspirar al público en los 25 últimos años, durante los cuales ha satisfecho por siniestros la importante suma de

Pesetas 34.771.411

Subdirección en Cartagena PLAZA DE LOS CABALLOS NUM. 15

TRABAJO

Venimos, hace ya mucho tiempo lamentando la pobreza y el atraso del país, pobreza y atraso reales y efectivos, y muy dignos de ser viva y profundamente lamentados.

Peró no queremos caer en la cuenta de que la culpa de esa pobreza y de ese atraso están en nosotros.

Para producir y para adelantar se necesita, en primer término, y supuestos elementos indispensables, el trabajo.

Y nosotros tenemos muy poca afición al trabajo, y muchísima afición a la holganza, a lo que se llama y no es buena vida.

Todos alegamos, si podemos, una profesión *destruñada*, y todos acariciamos en sueños, como un bello ideal insuperable, los millones de la lotería, para que podamos vivir sin tener nada que hacer.

Aquí se llama *fénix* al que disfruta buenas rentas y no tiene que trabajar, y se llama desgraciado el que tiene que trabajar para comer y sostener su casa.

Es decir que invertimos los términos, equivocamos las ideas, confundimos la felicidad con la desgracia y la desgracia con la felicidad.

Que no trabajamos, al menos todo lo que podríamos y no es acaso necesario, se demuestra en cualquier momento y de cualquier manera.

Toda la tarde se pasa paseando; los cafés están, también toda la tarde, casi llenos de gente; para los espectáculos, nunca falta público, y en las casas particulares, casi á todas horas conversación, tertulia, juegos y otros *pasatiempos*.

Unos emplean dos ó tres horas en dar cien vueltas por un paseo; otros se olvidan de lo que es el tiempo manejando sin cesar las fichas del dominó.

Por aquí hallamos á éste, que se está dos horas en un portal á ver si sale al balcón la muchacha de enfrente; por allá encontramos á aquél, que se detuvo tres cuartos de hora á oír un organillo.

Si se cae la mula de un carro, quieto todo el mundo hasta que se levante, pero sin ayudar al carretero; si riñen dos perros, nadie se mueve hasta que se termine la pelea, pero con disgusto de que termine pronto.

Hay muchos que cuando pasa un regimiento, se esperan á que esté ya lejos hasta el último soldado, y no falta quien, sin duda por hacer algo, se entretiene en leer los bandos del alcalde, si para nada se refieren á él, ó los prospectos de los espectáculos, si no piensa asistir á ellos.

El encuentro con un conocido, es motivo de media horita de parada, que se emplea en hablar del tiempo y de cosas igualmente interesantes. La novedad de un escaparate es pretexto para diez minutos de contemplación.

Vienen las ferias, por ejemplo, y entonces se nos ofrece el curioso cuadro de miles de almas que presencian, olvidando las penas y los quehaceres, la ascensión de un globo ó el brillo de los fuegos artificiales.

Por todas partes hay personas en gran número que no hacen nada. Hasta en el balcón de su propia casa se está uno, á veces, las horas muertas, viendo pasar la gente.

Y parece liado, como se suele decir; porque si entramos en los sitios en donde se trabaja ó se debe trabajar, da la casualidad de que, al entrar nosotros, los trabajadores están descansando un poco, ó han tenido entonces la ocurrencia de hacer un cigarrillo.

Se ve, pues, mucha vagancia. Y por lo tanto, se ve poquísimo trabajo.

Y con tanto vagar y con tan poco trabajar, la consecuencia natural es que no tengamos ni dinero, ni ciencia, ni reputación, ni moralidad, ni cultura.

Porque la naturaleza nos da, en primeras materias, en instrumentos de industria, base anchísima para edificar el palacio de nuestra dicha, sin otra condición que la de edificarle. Y el ingenio nos sugiere, en empresas y obras, elementos infalibles de prosperidad y de riqueza sin otra condición que la de realizarlas.

No habría gota de agua, ni átomo de aire, ni hoja de árbol, ni pedazo de objeto al parecer despreciable, ni ochavo moruno de que no pudiéramos obtener algún producto para nosotros y alguna utilidad

para la sociedad, si quisiéramos aprovechar todo eso, si quisiéramos trabajar, si quisiéramos obedecer el precepto de Dios, que nos mandó ganar el pan con el sudor de nuestro rostro.

Y no habría verdad que no alcanzásemos, ni perfección que no consiguiésemos, ni mejora social que no lográsemos, ni progreso á que no pudiésemos llegar, si quisiéramos pensar, si quisiéramos estudiar, si quisiéramos emplear en algo útil todo el tiempo que empleamos en contemplaciones, coloquios, disputas y bromas absolutas y completamente inútiles, cuando no en extremo y por todos conceptos perjudiciales.

Hay mucho que hacer, hay mucho que adelantar, hace falta mucho dinero, muchas obras, mucha ciencia, y mucha prosperidad; pero mientras seamos el pueblo de los caciques, de la lotería, de los toros, del dominó y de los que no tienen más oficio que es matar el tiempo, seremos pobres, oscuros é infelices.

Porque el tiempo no es oro solamente; el tiempo es oro, es honra, es progreso y es felicidad. Y el tiempo se gana única y exclusivamente por medio del trabajo.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

DANZANTE

Charada

Cual vil bandolero que asalta á deshora la noble morada del regio señor,

primera primera gloton sin segundo de dos y tercera, un huerto asaltó.

Mas prima segunda á prima primera lo malo en la vida castigo ha de hallar, y aqúeste lo tuvo perdiendo el malvado las todo que necio metió en el gabán.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LOS PAPÁS

La categoría de papá, da patente de tonto á tres cuartas partes de los que alcanzan tan honorífico título.

Raro es el padre de un tierno infante ó de una infanta tierna, que no crea ver en su retoño la preciosidad más completa, que Dios echó al mundo, aunque juzgado con severidad imparcial, nada tenga de particular el rostro del angelito.

Es preciso que la criatura sea un fenómeno digno de la casa de li-ras, para que el papá le conceda que no es bonita, aunque achacándole una gracia, que verdaderamente disimula ante los ojos de toda la humanidad.

No hay persona que visite al papá de un ser recién llegado al mundo, que no se vea en la dura necesidad de contemplar al niño, echándose al cuerpo todas sus *angelicales gracias* incluso la de verle posar sus manitas, con las que acana de devorar un bizcocho chocolatero ó un mantecado de Astorga, sobre las telas del pantalón, dejando fotografiados sus cinco dedos de cada mano, como para eterna recordación de aquella inoportuna visita.

El papá de una criatura que realmente merece la aprobación general, pasa de tonto á secas, á tonto de capirote.

Hay muchos, muchísimos hombres de ciencia, de grandes dotes literarias, de profun-

dos conocimientos económicos, que gozan de gran reputación, y en efecto merecen con justicia el dictado de hombres de talento, á los cuales hay que ver delante del fruto de bendición que el cielo ha querido concederle.

Todo el talento que derrocha en el ejercicio de su profesión, se volatiliza, se evapora en el seno de la familia, ante el hijo de sus entrañas.

Los movimientos más casuales de la oratoria, la sonrisa más inocente, la atribuye con toda su alma, á un siguo de precoz inteligencia.

Es una verdad axiomática que los mayores de edad pierden el seso ante la niñez.

No vayan ustedes á creer que cuando las criaturas crecen y entran en los 15 años, recobran los sentidos aquellos que conocemos como autores de sus días.

La lelez, chochera, ó chifladura, cambia de aspecto, pero nunca de importancia.

Hay papás que se embrutecen de tal modo al hablar de sus hijos, que creen á todos pendientes de su palabra, cuando las emplean para dar á conocer las maravillas de los chicos.

D. Cleto, letrado de punta, alcalde que ha sido en más de una ocasión, y en cuyo alto puesto ha demostrado más de una vez los grandes conocimientos que generalmente derrochan todos los alcaldes, mejorando lo presente, en tratándose de su niña Amalia, se sale de madre, y no se le puede oír ni aun desde la barrera.

Amalia es una joven que más bien tira á fea que á otra cosa. Tiene 17 años y 17 docenas de hoyos de viruelas en la nariz, la cual aun tiene vida porque la chica tenía nariz donde desvastar.

La educación de Amalita, perfecta en el concepto de D. Cleto deja mucho que desear para cualquiera que no sea su padre, ni la haya parido.

Sabe leer y escribir, pero tan incorrectamente que dice *Treato* y *Flugencio* y escribe *hamar* y *hespejo*.

En sus exámenes de niña, en un colegio donde se enseñaba á todo menos á ser mujer de su casa, dijo que *Sevilla* era la capital de la provincia de *Lugo*; que Madrid tenía siete mil habitantes, que en Orihuela había una iglesia y 16 teatros, y todo por el estilo.

Amalita era, cuando yo la conocí, y perdóneme su apreciable papá, un dechado de ignorancia, que daba el opio, como decimos los modernos.

Peró no opinaba como yo, D. Cleto apesar de sus grandes conocimientos en leyes y de haber manejado las riendas consistoriales, guiando á sus subordinados por caminos reales, sin permitir el paso de veredas que en muchas ocasiones dan lugar á vuelcos que no tienen maldita la gracia; por más, repito, que D. Cleto tenga un sentido no comun, en tratándose de su Amalita, discurre con la sagacidad de un adoquín.

Dos meses fue detrás y delante de mí invitándome á que fuera á su casa para oír á la niña tocar la guitarra.

«Mire V.,» me decía el Sr. D. Cleto. «Desde que murió el concertista Huertas, yo creó, y no es pasión de padre, que mi niña es el número uno.»

Por mi parte, decía yo, para mí, ya puede ser el número cien si no le basta ser el uno, pero miraba al desgraciado padre de la rival de Huertas, y con una sonrisa fingida hasta la pared de enfrente, le contestaba—«Lo creo ya irá á oír.»

Llegó un día en que me fue preciso complacer á D. Cleto yendo á oír á la niña de las 17 navidades.

En efecto: un domingo por la mañ: na me